



«El enigma se llama Juggernaut», de Richard Lester.

brillos, sombras y reflejos cualquier interior que se le ponga por delante.

«La revolución matrimonial» merecía —a todos sus niveles— un mayor cuidado; también una mayor profundización en los aspectos críticos que el guión propondría, en los personajes cuyos comportamientos observaba. ■
FERNANDO LARA.

Las catástrofes según Lester

Lanzada publicitariamente en España como otra película «de catástrofes», «El enigma se llama Juggernaut», de Richard Lester, puede desilusionar, o cuanto menos desorientar, a quienes se dejen guiar por el cartel anunciador, en el que se muestra un transatlántico con su proa destrozada por un incendio; la desilusión se basará en que en ningún momento de la película ese transatlántico sufre un accidente que la publicidad muestra. Muy al contrario, Richard Lester ha prescindido escrupulosamente de cualquier escena o situación «brillante» en esta línea «moderna» de la catástrofe por la catástrofe: en su lugar, su narración se orienta hacia las razones por las que esa catástrofe (que aquí es sólo posibilidad) llega a producirse.

Justamente el título español, que menciona la palabra «enigma», es, en definitiva, el sentido último de la película. Sentido que, por otra parte, no la convierte, a pesar de todo, en reflexión profunda o en espectáculo tan sugestivo como han sido otros títulos del mismo director (en la primera línea, «Petulia», y en la segunda, «¡Qué noche la de aquel día!»). Sin duda, estamos ante un producto surgido por compromiso, no forzadamente coincidente desde su origen con la temática habitual del cine lesteriano.

A pesar de ello, el joven director inglés sabe tamizar las situaciones dramáticas que la película plantea de forma que nunca caigan en el polo opuesto de sus preocupaciones estéticas, y, más aún: sabe «adornar» la película con «gags» propios de su cosecha. En este sentido cabe destacar de «El enigma se llama Juggernaut» que, al contrario de las demás películas «heroicas» que estamos padeciendo, aquí la resolución del conflicto planteado no se basa en la excepcionalidad de un personaje, o, mejor dicho, si esta situación sí se resuelve por la última intuición del protagonista (lo que no es sino un nuevo elemento humorístico de los muchos que aquí in-

tervienen), el desarrollo general de la película no se basa en esa excepcionalidad como en el conjunto de una colectividad, toda ella determinada por una situación política, de la que también depende —y aquí ese «último sentido» antes señalado— el, digamos, «asesino».

El término «político» puede, naturalmente, inducir a engaño también, si se entiende que ese factor político está expuesto en primer plano; de lo que se trata más exactamente es de que, dada la honestidad de Lester a no querer engañar al espectador con un planteamiento falso y querer al tiempo profundizarlo en lo posible, surge inevitablemente ese elemento político, que se concreta realmente en las motivaciones que el «asesino» tiene para poner en peligro la vida de los pasajeros del famoso transatlántico.

De cualquier forma, el interés de «El enigma se llama Juggernaut» estriba en lo que la película no es. Para valorar esta cualidad hay que conocer previamente esas otras películas ahora en boga, en las que al servicio del espectáculo más delirante y de los «mensajes» más pueriles (y hasta reaccionarios), se engaña al espectador haciéndole creer que está presenciando una definitiva

por
lógica:
brandy FABULOSO,
de
PALOMINO
&
VERGARA
Jerez.

